

Gestos al pasar

En el octavo aniversario de la partida física del líder histórico de la Revolución cubana, Fidel Castro, *Escambray* revela pasajes de su presencia en comunidades rurales de Trinidad en 1971

Texto y foto: Arellys García

A la enfermera Nodalina del Carmen Ortiz Sánchez no se le desdibuja el día, ni siquiera la hora en que llegó Fidel a San Pedro, un pueblito a un costado de Trinidad levantado con casas de adobe y paja, para entonces una mueca triste en medio del monte, de marabú y cañaverales. Era el 31 de enero de 1971, justo a la 1 y 40 p. m.

“Yo estaba en el hospitalito rural, suturando una herida de un trabajador que se dio machetazo cortando caña y, de momento, mi cuñada, maestra Makarenko, me dice: ‘Por ahí viene un yipi Uaz nuevecito y viene el Comandante’. Y yo me viro y le digo: ¡El Comandante en este monte! Me sorprendió, porque aquí no había luz, no había nada que ver.

“Él se desmonta, nos da un abrazo y un beso como si nos conociera de hace tiempo y me pregunta: ‘¿De dónde es usted?’. De aquí, Comandante. ‘¿Y su médico?’. No, aquí no hay médico. Entonces me dijo: ‘Le voy a mandar un yipi soviético para que trasladen a los enfermos y, cuando arreglemos el camino y las calles, tendrán una ambulancia. También tendrán médico’”.

PROMESAS CUMPLIDAS

La joven Nodalina, graduada en 1966 de Auxiliar de Enfermería del curso emergente convocado por el Ministerio de Salud Pública, al

pedido de Fidel de recorrer el hospitalito, mostró los tres cuartos, la enfermería, la consulta del médico y la farmacia. Afuera, el bullicio de los niños, la gente salió de las casas; el pueblo de San Pedro, sin mediar llamado alguno, estaba allí. El capó de uno de los yipis sirvió de tribuna. No fue un discurso, recuerda Nodalina; fue una conversación.

“Voy a subirme un momentico aquí para decirle unas palabras a este pueblito que me hace recordar mucho a uno que visité en México, en el que todas las casitas eran de adobe”, dijo Fidel y empezó a preguntar por las condiciones de vida de los habitantes.

Cuentan que de la multitud salió la voz quejosa de Gudelia Pérez: “Ay, Comandante, no tenemos luz y no queda más remedio que acostarse temprano. No hay agua tampoco. Las mujeres pasamos trabajo, hay que cargarla de un pozo público”.

Alguien le habló, también, del mal estado de las casas y Fidel propuso construir edificios. “¿Dónde quieren hacer el pueblo?”, preguntó. “Aquí mismo, Comandante”, respondieron muchas personas.

A la interrogante de líder de qué fuentes de trabajo había por la zona, un campesino de rostro ajado habló del corte de caña y el oficio de la artesanía, gracias al cual se fabricaban sogas y lazos para bueyes y se vendían a solo 10 centavos. Y allí se supo, además, de familias que malvivían de

expendier manteca de corajo, fruto que aparecía en abundancia; pero difícil de procesar, explicaron.

“Y algo así como: ‘Tengan fe en los días por venir’ se le escuchó decir finalmente y cuando bajó de aquella tribuna improvisada —narra Nodalina—, todo el mundo lo rodeó: ‘Fidel, dame la mano’; ‘Fidel, esto; Fidel, lo otro’. Era mucha la emoción.

“Lo que prometió, todo fue cumplido. A la semana estaba el yipi en el hospitalito rural, y luego vino un médico permanente. Como a los 15 días, ya había luz eléctrica; eso fue un acontecimiento. El vial de acceso hasta aquí se arregló; igual que las calles. Tuvimos acueducto y el agua llegó a las casas, surgió la Empresa Pecuaria San Pedro; fueron muchas las vaquerías y los lugares donde la gente encontró trabajo. Fue construida, además, la comunidad Alberto Delgado que resolvió muchos problemas de la vivienda por esta zona”, concluyó la enfermera Nodalina, hoy con 79 años de edad.

DE SAN PEDRO A PALMARITO

Después de aproximadamente una hora de diálogo con los habitantes de San Pedro, Fidel partió hacia Palmarito, localidad rural donde radicó uno de los ingenios azucareros más notables de la región. Fueron tierras propiedad de don Mariano Borrell, abonadas con sangre esclava. Allí, habitan todavía las ruinas de los barracones, un campanario y un cementerio.



Nodalina del Carmen Ortiz intercambió con Fidel el 31 de enero de 1971.

Roberto Lázaro Hernández, ahora con 79 años de vida, guarda las memorias de aquellos gestos de Fidel al recorrer pequeños bateyes que pudieron pasar inadvertidos; pero así no fue.

En Palmarito, el intercambio con el pueblo giró en torno a las pocas casas que existían y a las que estaban en malas condiciones constructivas. “Casi todas eran de guano y piso de tierra y, hasta de yaguas. La propuesta de Fidel fue construir edificios y así fue. Ya en Palmarito no queda ninguna casa con piso de tierra y muchas son de placa y buenas casas”, afirmó Roberto.

“En los pobladitos visitados por Fidel, incluido Arroyo de Tabla se construyeron escuelas y para el consultorio de Palmarito, mandó un yipi como ambulancia.

“En Guasacualco —señala Ro-

berto— un hombre cocinaba a los trabajadores debajo de una mata, Félix Cruz se llamaba. Fidel, que había hecho un alto para almorzar cerca de allí, reparó en un niño con discapacidad física que había sentado e hizo algunas preguntas al cocinero. ‘Es mi hijo y nació así, no puede caminar, más bien se arrastra por el suelo’, le comentó el padre al Comandante en Jefe.

“Minutos después, el hombre recibió una carta de autorizo para que el niño fuera atendido en La Habana. Transcurridos unos meses, lo operaron y vino caminando. La sorpresa mayor fue el motor Ural que parqueó frente a su casa y el encargo del chofer fue decirle a Félix, el padre: ‘Este motor es para que usted pueda trasladar al niño al médico y a donde sea necesario llevarlo. Es un regalo de Fidel’”.

Augusto, el hacedor de presas

De obra en obra han transcurrido los más de 50 años de trabajo de Augusto Calvo Bernal como operador de mototraílla dentro del sector de la Construcción

Texto y foto: Carmen Rodríguez Pentón

Detrás y delante la máquina levanta una interminable barrera de polvo que apenas deja ver el chasis amarillo; en medio de la bruma, solo se escucha el ronroneo uniforme del motor que empuja al equipo para cortar la capa de terreno. En su avance, el borde de la cuchilla traba el material cortado hacia el interior del recipiente para después alejarse hacia donde se depositará el desecho.

En la cabina el hombre no cede; con sus manos empuja y maneja los mandos como

un pianista las teclas de su instrumento, algo que aprendió a fuerza de trabajo desde que en aquel lejano 1970 Augusto Calvo Bernal, un jovencito de 20 años, sin experiencia se alistó en la construcción, nada más y nada menos que para la ejecución del mayor embalse de Cuba: la presa Zaza.

“Esa fue mi prueba de fuego, porque no era fácil iniciar una obra de esa magnitud, montado encima de una moto. Se trabajaba sin parar 24 horas en jornadas de doble turno, día y noche”.

Mientras rememora, se le escapa la mirada hacia el horizonte y se ve otra vez en medio

del monte perdido en marabú, después abrir la enorme hondonada que crecía día a día. Pasaron tres años para que él, su máquina, más de 20 motos y casi 100 camiones y hombres hicieran posible el nacimiento del acuatorio.

“Después de eso, no escapé de ninguna de esas grandes obras y, terminada la Zaza, vinieron otras como El Granizo, en Cumana-yagua, la de Lajas, Palma Sola, en Villa Clara, en Corralillo y la mayoría de los embalses de la provincia: Manaquitas, La Felicidad, Dignorah y la reparación de la Lebrije tras las intensas lluvias del 2002; también obras como la Empresa Camaronera y la Estación de Alevines”.

Desanda caminos trillados por el equipo que le acompaña desde hace tantos años y atraviesa los días del 2007 del Canal Trásvase Este-Oeste, una obra de cientos de kilómetros de túneles, canales y puentes-canales de agua; una maravilla hidráulica destinada a este ingenioso sistema de transportación para mayor aprovechamiento de ese recurso tan valioso que es el agua, donde máquinas y hombres transforman lo imposible cuando excavan, cargan, transportan y descargan material a distancias para crear milagros.

“No es solo presas, es que es un equipo imprescindible para otras acciones constructivas como excavar grandes canales, o preparando viales, o haciendo canteras, siempre delante del bulldócer. Y no creas que es tan fácil como cuando nos ven desde lejos en la cabina. Se trata de una máquina muy pesada, muy productiva en ciclos cortos, y no

así en largas distancias, pero lo que muchos no saben es que hay que maniobrar con tres palancas y al mismo tiempo estás cortando, subiendo y sacando tierra.

“Además de el estoicismo de estar encima horas y horas sobre el equipo requiere capacidad física, incluida una buena coordinación manos-ojos-cerebro y la capacidad de realizar varias tareas a la vez. Además, al igual que otras máquinas similares, las operaciones requieren que se tenga conocimiento de las características del suelo, y también de las de la máquina”, explica mientras ilustra en el tablero cómo es toda la operación de su mototraílla.

La vieja mole de hierro carga con tantos años como los que ha trabajado Augusto en la construcción, aunque con otra cabina; ya no es la misma que a la intemperie, con sol, polvo y el frío de la noche maniobraba encima de la cortina de la presa Zaza.

Antes de trepar en la vieja máquina, que ahora prepara el terreno de lo que será el nuevo Parque Solar Fotovoltaico de Cabaiguán, deja claro cuánto le cuesta apartarse de su labor de siempre.

“Tengo 73 años, he trabajado en toda Cuba y este es el único oficio que he conocido en mi vida, siempre dentro del Micons. Únicamente me bajé de la mototraílla cuando cumplí misión internacionalista en Angola. ¡Y mira que pasé años albergado, trabajando de sol a sol!, pero me siento tan satisfecho con lo que hago que me retiré y estoy trabajando, y lo haré mientras haya salud”.



Desde lo alto de su equipo, Augusto ha vivido el nacimiento de la mayoría de los embalses de la provincia.